

Resguardo Medellín

Crónica por Juan Fernando Mosquera

Una nueva ola de migraciones está llegando a esta ciudad; las etnias en tránsito cruzan estas calles. Éxodo indio

Son las siete de la noche y amenaza lluvia. Allí cerca lo único abierto y dispuesto es un teatro porno, justo en Sucre, en la calle de las ópticas. Todo lo demás ya ha empezado a correr pestillos, a bajar las rejas, a cerrar. Y en la orilla de la acera una mujer con su hijo de poco menos de dos años todavía ve lejos la hora de abandonar su “puesto de trabajo”; una esquina indiscreta y maloliente donde, con su cuerpo al suelo, tiende la mano a la espera de que otro cualquiera que pase por allí tienda la suya y le deje unas monedas por misericordia. O lástima.



Ella se llama Carmen y hijo Kevin, nombres no muy autóctonos para estos rostros que recuerdan el origen más indio. Ambos llegaron hace dos días a Medellín y el escaso dominio del idioma español que tiene esta madre poco les ayuda a encontrar algo distinto de lo que están haciendo. La semana pasada estaban en Silvia, Cauca, pero dejaron todo —que era muy poco, pero algo era— para probar suerte en Medellín donde, pensó ella, tendría mejores oportunidades.

Esta escena se ha vuelto común en las calles de esta ciudad con estos nuevos inmigrantes que, por distintos motivos, buscan en aceras inciertas un nuevo “Resguardo”, precisamente allí donde la intemperie es el único cobijo. Viaje a pie adentro de la urbe que recorren raudos y de paso los carros que apenas se detienen en los semáforos; viaje a pie para encontrar-

se con las telas autóctonas que tocan el asfalto porque esa es la única tierra que han venido a encontrar.

Siluetas distintas porque distintas son las etnias que su piel, sus pasos y sus voces revelan. Malvenidos en un camión durante la noche del siete de octubre (cinco días antes del 12 de octubre, el día del “descubrimiento de América”) fueron traídos varios *emberas*, descalzos ellos, que al día siguiente estrenaron nuevo oficio como habitantes de un sitio que les es tan ajeno como la historia que poco da cuenta de ellos. Los jóvenes que vienen con ellos, con la violencia como cicatriz que no quita y que los sacó de su tierra. Es difícil seguirles a ellos los pasos que comenzaron en La Floresta y los han llevado por lugares que no pueden nombrar porque no conocen. Pasada una semana, algunos de ellos, disgregados, ya están en la avenida El Poblado... Las mujeres se entregan al nuevo deber de someterse a recibir lo que sea de la caridad pública mientras sus hombres a pocos metros, casi escondidos y agazapados, miraban la humillación pero tampoco hacían nada por detenerla. O por cambiar la circunstancia.

Algunos de ellos ya no tienen un cielo limpio y colmado de estrellas sobre sus noches: ahora duermen bajo un puente, sobre la avenida Las Vegas, que es todo lo que hoy tienen como primer techo lejos del hogar y de todo lo que fue suyo.

Así como todo ojo rasgado no significa ser japonés, no todo el que ves con facciones indias en la calle, implorando auxilio, es hijo del éxodo no deseado que los trajo hasta esta ciudad. Y que los emparenta con el deseo inconcluso de los demás *emberas* (casi dos mil) que pidieron asilo político en España tres meses atrás (julio 1999), como respuesta a la hostilidad manifiesta de la que son víctimas por parte de las autodefensas que los acusan de “colaborar” con la guerrilla por haberles permitido el paso por su suelo centenario.

Llegan también otros viajeros por estos días –y aunque no es nuevo, nunca fue tan manifiesto–, nómadas de profesión que desde el sur de Colombia recorren la geografía de las principales capitales detrás de los dividendos que les genera su exótica y dramática presencia en la posición de indígenas indigentes. Algunos de ellos, indios del Cauca, han aprendido el comportamiento de mendigo en aceras de Santiago de Cali, pero es tal el número de ellos bajo el mismo pretexto, en aquella ciudad, que el impacto

¿Y qué tal si declaran los Parques Naturales de Colombia zona de distensión?

de verles en plena calle con su rostro de urgencia, ya a nadie sorprende. Por tanto ya no es rentable tampoco y de ahí la razón de su viaje de acera en acera.

Esta posición, es obvio que no es respaldada por las asociaciones indígenas que tienen por premisa la reivindicación de los derechos y la dignidad de las comunidades de los primeros pobladores de estas tierras de América. Según la Organización Indígena de Antioquia la actitud de los que tienen la calle por negocio va en contravía de las aspiraciones y políticas que pretenden, que el indio no abandone el campo para sumergirse en la hostilidad que les propone la ciudad. Por eso es prácticamente imposible establecer un censo de su presencia, amén de ser lo que llaman una población flotante. Tanto es así que difícilmente puedes verles en la misma esquina dos días seguidos. Viven, mientras están aquí, en residencias estrechas del Centro en las que pagan seis mil pesos la noche. Allí guardan sus mantas aún con olor a campo abierto.

Éxodos. El pasado próximo recuerda a otra comunidad trashumante que optó por quedarse en este suelo lejos del suyo para formalizarse, luego, como otros habitantes más de la ciudad. Llegados de Otavalo, Ecuador, el comercio de sus productos autóctonos –desde mantas hasta sombreros y chaquetas– les ha dado un lugar estable dentro de la dinámica de la economía informal que es la franja que han hecho suya. Su situación es radicalmente distinta a la de aquellos que multiplican su paso y su cansancio por una Medellín que apenas descubren por estos días. Los otavalenses tienen su vivienda, que a la vez es taller de confección, en Manrique.

La madrugada está fría. Ha llovido la noche entera y el asfalto húmedo y salpicado de charcos es el único paisaje que sus ojos pueden mirar. La nostalgia está dicha en palabras que no pronuncian, el tedio y la incomodidad están en las frases dichas a baja voz en un casi ininteligible dialecto que resulta demasiado inaudible para el escucha local, que entre ellos es el extranjero. Es difícil relatar su historia cuando les cuesta tanto responder con algo más que un desconfiado monosílabo. Quieren volver al hogar que de súbito quedó atrás, porque lo suyo nunca fue esperar caridades ajenas, sino esperar que el campo agradeciera sus cuidados con una provechosa cosecha venida de sus manos y de la entraña de la madre tierra que han acariciado con dedicación por cientos de años.

Por ahora están aquí y poco puede ofrecerles una ciudad que calma sus incendios mientras en cualquier parte alguien planea un nuevo fuego. Los resguardos indígenas no tienen tanto asfalto. Ellos lo saben: esta es de verdad para ellos, la ciudad perdida.

Carta india

Por Neburuby Chamarra y Dokiduama Domicó

Existe en San Pelayo / un recodo milagroso del tiempo / una isla de música en el letargo del valle glorioso de San Pelayo / de trompetas y tambores. / Existen unos pocos indígenas / en estado adánico / que Toño María Cardona –uno de ellos / me ha contado–. / Con poetas vivientes / con leyendas ancestrales. / Existe allá en el Alto del río / una naturaleza casi intacta. / Existes tú / viajero del río / y existe el río.

(Raúl Gómez Jattin, voz e hijo de Córdoba)

Cuando los Embera Katío del Alto Sinú aparecimos para Córdoba en el Do Wabura (despedida del Río) en noviembre de 1994 nos dimos cuenta de que muchos cordobeses no sabían que existíamos indios en “estado salvaje” en las montañas altas y húmedas donde nace como niño y se forma como hombre el río Sinú. Nos acordamos con alegría de lo que los habitantes de Lorica decían de nosotros: “Mira, es que tienen su propia lengua y sus propios caciques. El mundo se va a acabar: los indios están bajando como las golondrinas”.

Creíamos que esa era la oportunidad para empezar a abrir las puertas de la solidaridad del pueblo cordobés y del pueblo colombiano con nuestros esfuerzos y nuestros principios. Queríamos que se abrieran las puertas a todos y no sólo a los ambientalistas, antropólogos, políticos, periodistas, sociólogos. Ahora, cinco años después, reconocemos que se han podido abrir puertas, sobre todo afuera, pero a mucho costo y esfuerzo.

En cambio, no hemos cerrado las heridas de intolerancia, el desconocimiento, el manoseo y desprecio por nuestra cultura, el abandono y la negligencia, el señalamiento y el hostigamiento.

Seguiremos insistiendo en abrir puertas, porque los Embera nos sentimos parte de la identidad de nuestra región y por eso nuestros hermanos Embera de Antioquia y Chocó, nos llaman indios sinuanos. Somos parte de la tierra del Zapote costeño y del Níspero, del atoya buey, del Mongomongo, del viudo de Pescado y del guiso de hicotea, de la chicha de maíz, del sombrero vueltiao, de la abarca trespuntá, de la aventurera de Pablito Flórez, de María Varilla y sus fandangos, de Gómez Jattin y muchos grandes hombres. Estamos en la región de las impresionantes obras de ingeniería prehispánica del San Jorge, del oro y la cerámica y la orfebrería Zenú, de la cerámica de San Sebastián y del valle que tiene la tierra que no da sólo lo que no le siembren.

Estamos en el paisaje del río y de las montañas que alimentan las llanuras y colorean los recodos del río. Por eso también, los Embera no hemos renunciado a nuestro territorio ni jamás lo haremos, pues el paraíso, que dicen los cristianos, está para nosotros en el Alto Sinú y allí están nuestros ombligos enterrados y también esperamos que nuestros huesos queden allí.

Allí está el aire que limpia y el agua fresca que no hay que comprar; está la bagabaga o mariposa azul que anuncia el agua, montaña fresca y cielo; el canto de la guarana, ave que advierte el peligro Embera, el horizonte que muestra de dónde llegaron los ancianos y sus abuelos. Allí está la planta que cura y a la que hay que pedir permiso para tomarla y la planta que hace que el Jaibaná vea y controle los espíritus. Está el río que Karagabi dio al Embera para que la hormiga Jenzera no mezquinara el agua. Están allí las casas que hacemos sin un clavo, sin cemento, sin plástico. Los niños que felices, no conocen la ropa y las mujeres que no prestan atención a los brasieres. Está nuestra lengua, el Emberá Bedea que nos permite arrullar con íntimas canciones a

nuestros críos y escuchar de nuestros viejos historias cantadas. Estamos los Domico y está también la obra y los inventos del hombre blanco, que hasta ha sido capaz de llegar a la luna. Ese apego primario a la tierra, al pescado que subía y tenía sus casas de espíritu o Jaide, al canto de Jai (rito del médico tradicional) a los animales y al bosque, a la lengua, al Jenene (árbol que identifica nuestra fortaleza), a nuestros mitos, cantos y danzas, no tienen precio, y por eso no renunciaremos a nuestros principios.

Entender qué es lo que defendemos, es empezar a derribar las fronteras que no nos dejan acercarse al otro. Por eso cuando nos preguntan, que por qué peleamos y nos oponemos al desarrollo ciego, tenemos claro que un desarrollo sin alternativas, que no piensa en la gente, no sirve. El desarrollo debe servir al hombre y a todos. Entender, que abrir puertas es asumir que Córdoba está construida de tradiciones fuertes, de raíces Zenúes y Emberas que las encontraremos al mirarnos en la calle, al enorgullecernos de nuestra región y al darle la vuelta al espejo.

Tierralta, 12 de octubre de 1999